

www.elboomeran.com

ISRAEL YEHOSHUA SINGER

LA FAMILIA  
KARNOWSKY

TRADUCCIÓN DEL YIDDISH DE  
RHODA HENELDE Y JACOB ABECASÍS

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Di mishpoje Carnovsky*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

Edición en yiddish © 1943, renovado en 1971, by Joseph Singer  
Edición en inglés © 1969, by Joseph Singer  
© de la traducción, 2015 by Rhoda Henelde Abecasis y Jacob Abecasis  
Hachuel  
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fragmento de *La visita* (1899), de Félix Vallotton

ISBN: 978-84-16011-54-4  
DEPÓSITO LEGAL: B. 9463-2015

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Los Karnowsky de la Gran Polonia eran conocidos como hombres obstinados y polemistas, aunque también estudiosos y cultivados, sin duda unas mentes de hierro.

En su despejada frente de estudiosos y en los ojos negros como el carbón, hundidos e inquietos, llevaban inscrito su genio. La obstinación y el espíritu polemista se reflejaban en sus apéndices nasales: unas narices poderosas, de gran tamaño, que sobresalían como un asomo de burla e insolencia de su enjuto y huesudo semblante, como queriendo advertir: «Cuidado, no tocar». A causa de esa obstinación, ninguno de los Karnowsky llegó a convertirse en rabino, aunque podrían haberlo logrado con facilidad. En lugar de ello, se dedicaron sobre todo a comerciar con la madera de los bosques y, con este fin, transportaban los troncos en balsas, aguas abajo del Vístula, llegando a menudo hasta Dánzig. En el interior de las pequeñas cabañas que los balseros no judíos les construían sobre los troncos flotantes, los Karnowsky disponían de la *Guemará* y otros textos sagrados, que estudiaban con pasión mientras navegaban. Debido a su tozudez, no eran de los que corrían a visitar a los *rebbe*s jasídicos, sino que aprovechaban su tiempo para el estudio, no sólo de la Torá, sino también de temas profanos: profundizaban en las matemáticas y leían libros de filosofía, incluso en lengua alemana de puntiagudas letras góticas. Aunque no eran ricos, sino simplemente personas acomodadas, enlazaron a sus hijos con las casas más adineradas de la Gran Polonia. Las hijas casaderas de esas pudientes familias echaron el lazo a esos jóvenes cultos, altos y bronceados, del frondoso linaje Karnowsky, que desprendían una deliciosa fragancia a bosque y agua. A uno de ellos, David, lo cazó Leib Milner, el más

importante maderero del *shtetl* de Melnitz, para su hija Lea.

Ya en el primer sabbat después de celebrarse la boda, el forastero yerno del ricachón se las compuso para enfrentarse con el rabino y con los ciudadanos más destacados de Melnitz cuando acudió acompañado a la sinagoga.

Pese a ser él también, nativo de la Gran Polonia, cuando David Karnowsky fue invitado a leer el capítulo del profeta Isaías correspondiente a esa semana, lo hizo con acento *lítvak*, propio de los judíos de Lituania, y como buen conocedor y estudioso de la lengua hebrea y su gramática, leyó con tal meticulosidad gramatical, que llegó a incomodar a los *jasidim* de la sinagoga. Cuando terminaron las oraciones, el rabino le hizo saber al joven forastero que allí, en su dominio, no tenían en gran estima el hebreo formalista de los *misnaguedim* de Lituania.

—Debe comprender, joven—señaló el rabino en tono jocoso—, que nosotros no creemos que el profeta Isaías fuera *lítvak* ni, por supuesto, *misnágued*.

—Todo lo contrario, rabino—respondió David Karnowsky—. Yo le demostraré que era realmente *lítvak* y además *misnágued*.

—¿Cómo lo demostrará, joven?—preguntó el rabino, ahora rodeado de los más influyentes ciudadanos que escuchaban con curiosidad la discusión entre él y el estudio forastero.

—Muy simple, rabino—contestó David Karnowsky—. Si el profeta Isaías hubiera sido judío polaco y *jasid*, no dominaría las reglas gramaticales del hebreo y habría escrito sus profecías con errores, como les ocurre a todos los *rebbe*s jasídicos y los maestros en Polonia.

Tal agravio de parte de un jovenzuelo, y además delante de los notables de su congregación, fue algo que el rabino no esperaba en absoluto. Confundido, al ver que el forastero lo había dejado en ridículo en público, comenzó a balbucear una respuesta. Sus palabras no resultaron coherentes y

sólo hicieron crecer su aturdimiento. David Karnowsky miraba burlonamente a la cara del avergonzado rabino. Toda la obstinación y el espíritu polemista de la estirpe Karnowsky se reflejaban en su poderosa nariz, desproporcionada para el joven semblante, bronceado y huesudo.

Desde aquel día, el rabino vio con temor al nuevo miembro de su congregación. Los distinguidos feligreses de los asientos preferentes junto a la pared este de la sinagoga, al lado de David Karnowsky y su suegro, sopesaban cada palabra que intercambiaban con el joven de lengua afilada. No obstante, un sabbat, cuando el forastero se atrevió a introducir la blasfemia en la sinagoga, el rabino y los notables abandonaron toda prevención y se lanzaron abiertamente contra él.

Ocurrió durante la lectura de la Torá cuando los feligreses seguían en silencio, de cara al púlpito y cada uno con su libro del Pentateuco, la lectura del oficiante. También lo hacía David Karnowsky, que llevaba su nuevo *taled* echado sobre los hombros, al modo *misnágued*, en lugar de cubrirse la cabeza al modo de los *jasidim*. De repente, su libro se le cayó de las manos. Se inclinó lentamente para recogerlo del suelo, pero el *jasid* que estaba a su lado, todo *taled* y barba, se le anticipó, deseoso de cumplir con esa piadosa acción. Besó fugazmente el libro abierto, como en compensación por su caída, y se disponía a devolvérselo a su dueño cuando súbitamente percibió que había besado unos caracteres nunca vistos por él en un Pentateuco. Aquello no era hebreo ni yiddish. David Karnowsky tendió la mano para recuperar su libro, pero el *jasid* no se lo devolvió. En lugar de ello, lo entregó al rabino para que lo examinara. Tras una rápida ojeada sobre esa escritura, el rabino abrió la página de la portada y enrojeció del susto y la sorpresa.

—¡El Pentateuco de Moses Mendelssohn!—exclamó, simulando escupir al suelo—. El *Bi'ur*,<sup>1</sup> los comentarios de

<sup>1</sup> Literalmente, 'Explicación', es el título de la traducción comentada

Moses de Dessau sobre la Torá. ¡Es una blasfemia! ¡Profanación del Nombre!

En la sinagoga se produjo un murmullo, un verdadero tumulto. El oficiante golpeó con los nudillos el pupitre para recordar a todos que se hallaban en plena lectura de la Torá. El propio rabino comenzó a dar golpes con la palma de la mano, para que se prestara atención a la lectura, pero los hombres alborotaban y gritaban. A cada «ssh» y «vale ya», y a cada golpe sobre el pupitre, el tumulto crecía. El oficiante, al ver que de todos modos nadie le escuchaba, se dio prisa en acabar la sección del Pentateuco, casi sin la acentuación tonal debida. A continuación, el cantor concluyó el servicio adicional de la mañana sin las entonaciones y florituras acostumbradas. Finalmente, al entonar la última oración *aleinu*, con la repulsa a la idolatría de las demás naciones, e incluso antes de que concluyera, la sinagoga ya zumbaba como una colmena de abejas.

—¡El libro prohibido de Moses de Dessau!—exclamó el rabino, fustigando con un dedo, como si se tratara de un látigo de fuego, el libro de David Karnowsky—. Jamás hubo algo como esto en Melnitz... Al apóstata de Berlín no le permitiré poner el pie en *mi* ciudad.

—¡Moses el falso, borrados sean su nombre y su memoria!—bramaban los *jasidim* mientras simulaban escupir al suelo.

Los menos instruidos aguzaban el oído para escuchar los comentarios de los estudiosos sobre lo ocurrido. El *jasid*, todo *taled* y barba, corría por la sinagoga como un torbellino:

—En cuanto lo vi, mi nariz me dijo que algo no estaba bien—decía y repetía una y otra vez—. Enseguida lo olfateé.

—Menudo yerno le ha salido a usted, *reb* Leib—le repro-

---

al alemán, con caracteres hebreos, del *Pentateuco* de Moses Mendelssohn (Dessau, 1729-1786), fundador de la *Haskalá*, la Ilustración judía. (*Todas las notas son de los traductores*).

chaban los notables de la sinagoga al ricachón de la ciudad—. ¡Quién lo iba a decir!

Leib Milner estaba desconcertado. Con su *taled* de ribetes plateados, su imponente barba blanca y las gafas de montura de oro, todo él una imagen de dignidad y honorabilidad, no entendía por qué el rabino despotricaba tanto contra su yerno y qué querían de él los enfurecidos feligreses. Hijo de una familia de arrendatarios, había amasado una enorme fortuna, pero lo suyo no era el conocimiento de la Torá; aparte de que leía sin entender las oraciones. En el alboroto había captado la palabra *Bi'ur*, que le sonaba a *beer*, pero qué clase de cerveza era ésta y qué tenía que ver la cerveza con él ni con su yerno era algo que se le escapaba.

—Rabí, ¿qué está pasando aquí?—quiso saber.

El rabino, airado, señaló con un dedo el Pentateuco:

—Mire usted, *reb* Leib. ¡Este Moses Mendelssohn de Dessau, borrado sea su nombre, trajo la deshonra sobre Israel! Condujo a muchos judíos a convertirse a su Torá herética.

Leib Milner no entendió quién era exactamente aquel Moses de Dessau ni a qué se dedicaba, pero dedujo, por el elevado tono de voz del rabino, que se trataba de uno de esos misioneros que habría embaucado a su yerno y le habría entregado un libro en lengua hebrea prohibido por la ortodoxia judía. Lo que él deseaba era que terminara el escándalo y que volviera la paz a la sinagoga.

—Señores, mi yerno, vida larga tenga, evidentemente no sabía quién era ese Moses—argumentó en su defensa—. No es digno de judíos querellarse en la sinagoga. Más vale que nos vayamos a nuestros hogares a pronunciar el *kiddush*, la bendición del sabbat sobre el vino.

Su yerno, sin embargo, no estaba dispuesto a marcharse. Se abrió paso a empujones entre los notables hasta el rabino.

—Devuélvame mi Pentateuco—le dijo, enfadado—. Quiero mi Pentateuco.

El rabino no quiso soltar el libro, aunque no sabía bien qué

hacer con él. Si hubiera sido un libro prohibido ordinario, y el incidente no hubiera ocurrido en sabbat, habría ordenado al conserje encender la estufa y echar al fuego la impureza delante de todos, según mandaba la Ley. Pero se trataba de un sábado, y no sólo esto, sino que además la blasfemia del de Dessau estaba allí, en el libro, impresa junto a la Torá, la abominación al lado de la santidad. Al rabino le quemaba la mano que sostenía la santidad profanada, pero no quería devolver el libro a su dueño.

—De ningún modo, joven—le gritó, enfurecido—. ¡Esto no volverá a ver la luz del día!

De nuevo intentó Leib Milner hacer las paces.

—David, yerno mío—rogó—, ¿qué precio tiene un Pentateuco? Yo te compraré los Pentateucos más valiosos. Deja ése y volvamos a casa.

David Karnowsky se negó a escuchar.

—No, suegro—replicó con firmeza—. Por nada del mundo dejaré ese Pentateuco en su poder.

Leib Milner probó otra estrategia.

—David, por favor, Lea te está esperando en casa para oír tu *kiddush* antes de poder comer algo—le apremió—. Se morirá de hambre.

Pero David Karnowsky ya estaba tan involucrado en la discusión, que ni siquiera se acordaba de su Lea. Sus ojos lanzaban llamas pese al sabbat. La nariz se le había afilado como el pico de un halcón listo para lanzarse sobre su presa. Estaba dispuesto a luchar contra todos. Primero se plantó ante el rabino para que le demostrara que había una sola palabra blasfema en el *Bi'ur* de Moses Mendelssohn. A continuación, se puso a citar la Torá con sabiduría, a fin de demostrar que ni el rabino ni los notables de la sinagoga conocían ni una palabra de los textos de Moses Mendelssohn. No sólo esto, sino que ni siquiera reunían las condiciones para comprenderlos. Finalmente, se encolerizó hasta el punto de afirmar que rabí Moses Mendelssohn, de bendito recuerdo, reunía en un ta-



lón de sus pies más erudición bíblica, sabiduría y temor de Dios que el rabino y todos los *rebbe*s juntos en todo el cuerpo.

Estas últimas palabras sobrepasaron todos los límites. Despreciar al rabino de la sinagoga y a los demás *rebbe*s, y mencionar al apóstata en ese lugar sagrado, con palabras como «rabí» y «de bendito recuerdo», colmó la paciencia de los *jasidim*, que sencillamente agarraron por los brazos al rico yerno y lo sacaron fuera.

—¡Vete al diablo junto con tu rabí, borrado sea su nombre!—le gritaron—. ¡Ve con el converso de Berlín, maldito sea su recuerdo!

Y David Karnowsky les hizo caso.

Aunque aún le correspondía seguir alojado y mantenido en casa de sus ricos suegros, no quiso permanecer más tiempo en una ciudad donde había sido humillado de tal modo en público.

Su suegro razonó por él y le prometió que no volvería a pisar aquella sinagoga, sino que iría con él a rezar en otra, frecuentada por gente más moderna y de mente más abierta. Incluso, si David lo prefería, organizaría un quórum de diez hombres para rezar en su propia casa. Lea, la esposa de David, le suplicó que no la sacara del hogar de sus padres. Pero él se mantuvo firme:

—No permaneceré ni un día más entre estos salvajes e ignorantes—insistió—. Aunque me ofrecieran la casa entera llena de oro.

En su cólera, profirió contra los habitantes de Melnitz todos los insultos que había aprendido leyendo los libros de los ilustrados: tenebrosos, oscurantistas, idólatras, asnos.

Y no sólo quiso perder de vista la ciudad que le había humillado, sino también Polonia entera, sumergida en la oscuridad. Hacía mucho tiempo que sentía inclinación por Berlín, la ciudad en la que su maestro el sabio Moses Mendelssohn vivió, escribió y difundió su luz por el mundo. Ya desde su adolescencia, cuando aprendía la lengua alemana con

la traducción del Pentateuco de Mendelssohn, le atrajo ese país del otro lado de la frontera, de donde procedía todo lo bueno, lo luminoso y lo inteligente. Más tarde, cuando creció y ayudaba a su padre en el negocio de la madera, a menudo tuvo necesidad de leer cartas en alemán llegadas de Dánzig, Bremen, Hamburgo y Berlín. Cada vez que lo hacía le dominaba el insólito hechizo de aquellos nombres extranjeros. El apelativo *Hochwohlgeborn* (su señoría), que precedía al nombre del destinatario en la dirección, resumaba una extrema elegancia y nobleza. E incluso los coloridos sellos con el busto del káiser extranjero despertaban en él una añoranza por esa tierra desconocida y a la vez cercana, cuya lengua aprendió a través del Pentateuco. Berlín significó siempre para él ilustración, sabiduría, elegancia, belleza y luz, cualidades que sólo estaban al alcance de los sueños. Ahora veía la posibilidad de llevarlas a la realidad. Y propuso a su suegro que le liquidara la parte que le correspondía de la dote de Lea y le permitiera reasentarse allí, al otro lado de la frontera.

Al principio, Leib Milner no quiso escucharle. Deseaba vivir en compañía de sus hijos, nueras y yernos. Su esposa, Nejama, incluso se tapó los oídos. ¡Llevarse a su Lea a un país extranjero! Aunque le dieran todo todos los tesoros del mundo no lo consentiría... Con tal vigor movió de un lado a otro la cabeza, que sus largos zarcillos le golpeaban las mejillas. Pero David Karnowsky siguió en sus trece. Con un aluvión de palabras, con la erudición de la Torá y sabiduría, con un sinfín de ingeniosos argumentos, y con la tozudez de la familia Karnowsky, demostró que sus suegros estaban obligados a escucharle y a dejarle hacer lo que con tanto empeño deseaba. Día tras día insistió, razonó y se empeñó, hasta que rompió la resistencia de su suegro. Leib Milner no pudo seguir soportando esa presión del yerno. Nejama, la suegra, sin embargo, no se rendía:

—¡No y no!—repetía—. Me negaré aun a costa de que todo acabe, Dios no lo quiera, en un divorcio.